

# El problema demográfico del Tercer Mundo, dentro del marco de una injusticia global

Por Pablo LATAPI \*

Conviene reducir la tasa de crecimiento demográfico en los países del Tercer Mundo, simplemente para aminorar a medio plazo la dimensión de los problemas. Sin embargo, es necesario advertir que la estrategia que para lograr este objetivo aconsejan los países desarrollados (consistente en impulsar programas de planificación familiar) sólo implica atacar los síntomas de una enfermedad, pero no la enfermedad misma.

Al hablar de «justicia» en este escrito, nos referimos generalmente a la «distributiva», de la que depende principalmente la equidad. Pero, por la amplitud con que queremos concebirla, está también implicada la justicia «social», entendida como «la **dinámica de todo el orden social**—en este caso a nivel internacional—**hacia la optimización del bien común**» («Wörterbuch der Politik», Herder, 1957, I, pág. 35).

## 1.—SITUACION DE LA INJUSTICIA EN EL MUNDO

En este apartado se presentan algunos de los hechos que manifiestan una situación intolerable de injusticia en el mundo: principalmente, en la relación entre las naciones; sólo secundariamente, al interior de cada nación.

No se trata de un estudio científico directo, sino de una simple reseña de elementos recopilados en literatura sobre el tema, susceptibles de un enriquecimiento por estudios ulteriores.

---

(\*) Sociólogo. Publicamos una parte de un trabajo más amplio escrito en Méjico por Pablo Latapí, con la colaboración de Raúl Mora, Alvaro Quiroz, Luis del Valle y Sergio Cobo. (N. de la R.)

Si acudimos a los aspectos fundamentalmente económicos, es porque en su misma reducción numérica describen ya las desigualdades entre los pueblos o bloques de pueblos, así como el creciente distanciamiento entre ellos.

Los estados de violencia y los conflictos vividos en los últimos años al interior de los diferentes países y en las relaciones entre las naciones no son, en este contexto, sino los brotes de una enfermedad que en su proceso de agravamiento progresivo nos hacen ya temer a todos una catástrofe planetaria, si no se remedian.

Tras las desigualdades económicas y sociales y en la raíz de esos conflictos y estados de violencia está lo que más deberíamos ponderar todos como expresión de la injusticia en el mundo: la imposición de valores y aspiraciones de unos pueblos sobre los valores y aspiraciones de otros, que llega a modificar el proyecto humano mismo de comunidades y pueblos enteros.

### 1.1. La brecha que se ensancha («The widening gap»)

El punto de partida obligado para cualquier análisis de la situación que guardan los países subdesarrollados respecto a los demás, consiste, sin duda, en las notables diferencias que se observan entre los productos **per capita** que genera cada grupo de países.

Considérense las cifras del cuadro 1, que corresponde a 1965. De ellas se desprende que dos terceras partes de la población mundial producen anualmente, en promedio, sólo 146 dólares por persona, mientras que una quinta parte de dicha población genera 2.040 dólares por habitante. La relación entre ambos promedios es de 1/14; pero la que existe entre el producto de la región más pobre y la más rica es de 1/34: es decir, 3.440 dólares contra 99 dólares por habitante.

El problema resulta todavía más grave si se examina la forma en que los productos **per capita** de los países pobres y ricos han evolucionado recientemente. Se puede observar que el de los primeros creció, entre 1950 y 1967, al 2,2 por 100 anual; mientras que el de los segundos lo hizo al 3 y 6,7 por 100, como mínimo.

Por tanto, la brecha que separa a los países pobres de los ricos es cada vez más amplia. Se ha estimado que, de continuar operando las actuales tendencias, el producto **per capita** de los países africanos y asiáticos será, en el año 2000, de aproximadamente 400 dólares; el de los latinoamericanos, de unos 1.800 dólares; en tanto que el de los países actualmente industrializados se elevará a unos 7.500 dólares (1).

---

(1) Jolly, Richard: «Reflections on the Pearson Report», en Ward, Barbara y otros, eds., **The Widening Gap** (New York: Columbia University Press, 1971, pág. 284).

CUADRO 1

## DISTRIBUCION MUNDIAL DEL PRODUCTO «PER CAPITA» (PROMEDIOS)

	1965 Promedio del producto per cápita (U. S. \$)	Población (millones)	Producto total (billones) (U. S. \$)
<b>Países no socialistas:</b>			
Asia Sur y Este (exc. Japón) ...	106	908,2	96,4
Africa (exc. Sudáfrica) ...	126	279,9	35,2
Oceanía (exc. Australia y Nueva Zelanda) ...	176	3,4	0,6
Medio Oriente (exc. Israel) ...	287	82,8	23,8
América Latina (exc. Cuba) ...	407	235,5	96,0
Países pobres ...	167	1.509,8	252,0
Europa Sur ...	630	49,5	31,0
Japón, Israel, Sudáfrica ...	840	118,4	99,4
Europa Occidental ...	1.730	273,5	472,3
Australia, Nueva Zelanda ...	2.030	14,0	28,5
Norteamérica ...	3.440	214,2	737,1
Países ricos ...	2.040	669,6	1.368,3
<b>Países socialistas:</b>			
Asia ...	99	732,1	72,6
Cuba ...	540	7,6	4,1
Países pobres ...	104	739,7	76,7
Europa Oriental ...	820	121,3	99,8
U. R. S. S. ...	1.150	230,6	265,2
Países ricos ...	1.040	351,9	365,0

FUENTE: Hagen and Hawlyryshyn, «Analysis of World Income and Growth, 1955-1965», **Economic Development and Cultural Change**, vol. XVIII, número 1, parte II, oct. 1969, cuadros 3-8.

Una consecuencia importante de este fenómeno consiste en que la proporción de la renta mundial que corresponde a los países pobres es cada vez menor. Así, la parte correspondiente a los países que, tanto en 1949 como en 1968, obtenían ingresos anuales **per capita** inferiores a 501 dólares (y cuya población representaba en ambas fechas el 67 por 100 del total mundial) disminuyó del 15 al 13 por 100 entre esos años (2).

Ahora bien, se puede apreciar que a pesar de que, como se acaba de indicar, las tasas de crecimiento de los productos **per capita** de los países pobres fueron inferiores a las de los ricos, las correspondientes a los productos nacionales brutos del primer grupo de países fueron muy semejantes a las de los países capitalistas avanzados. (Incluso se ha hecho notar que estas tasas de crecimiento global de las economías de los países subdesarrollados exceden sustancialmente a las que experimentaron las economías de las naciones industrializadas durante sus períodos de gestación) (3).

El hecho de que la brecha que separa los productos «per capita» de ambos grupos de países se esté ampliando es atribuible, en un plano inmediato, a las diferencias existentes entre las respectivas tasas de crecimiento demográfico. En efecto, la población de los países pobres creció durante el período considerado (1950-1967) a un ritmo que representa casi el doble de la de los países ricos. Los datos de los apartados siguientes nos hacen pensar que esta brecha creciente responde también a otros factores.

## 1.2. Desigualdades intranacionales en la distribución de ingresos

Las diferencias entre los niveles de vida de los países subdesarrollados y desarrollados son todavía más patentes si se examina la forma cómo se distribuye el ingreso en el interior de los primeros. Como siempre ocurre, los valores promedio de una variable—como son los mencionados en el apartado anterior—ocultan las fluctuaciones de la misma. En este caso, como se verá en seguida, tales fluctuaciones son, a menudo, de intensidades alarmantes.

Debe advertirse que, por lo que hace a los países subdesarrollados, este fenómeno sólo se ha podido medir en forma satisfac-

(2) Vera Cid, Antonio Luis: «¿Países pobres, más pobres? ¿Países ricos, más ricos», en **Economía Política**, vol. X, núm. 1, primer trimestre de 1973, página 108. Hay que advertir que estos datos no son directamente comparables con los del cuadro 1, porque los de éste reflejan **promedios regionales de productos** por habitante, y los de Vera Cid representan niveles de **ingresos promedio por habitante**, por una parte, y se basan en una agrupación distinta de países, por otra.

(3) Lewis, W. Arthur: «The Purposes of the Pearson Report», en Ward, Barbara y otros, eds., op. cit., pág. 5.

toria en unos cuantos casos. Así, pues, las evidencias disponibles son escasas y no siempre resultan suficientemente fiables. Sin embargo, todos los esfuerzos que se han hecho en esta dirección coinciden en señalar que, en términos generales, la distribución del ingreso nacional tiende a ser más inequitativa en los países neocapitalistas del Tercer Mundo que en los países industrializados.

Desde luego, las diferencias entre las proporciones de los ingresos nacionales que reciben los distintos sectores sociales de cada país provocan variaciones, en ocasiones dramáticas, en los valores absolutos de los ingresos respectivos. Así, por ejemplo (4), entre el 65 y el 80 por 100 de la población de los países latinoamericanos percibe ingresos inferiores a su correspondiente promedio nacional. En los países avanzados esta relación suele oscilar entre el 55 por 100 y el 65 por 100. El ingreso promedio del 5 por 100 más privilegiado de la población de cada país latinoamericano fluctúa entre el 500 y el 800 por 100 del promedio nacional. En países desarrollados, esta fluctuación tiende a ser entre el 300 y el 500 por 100. Las disparidades entre el ingreso del 5 por 100 más rico y el 20 por 100 más pobre de la población de cada país son de 45/1 en Brasil; de 35/1, en Venezuela; de 32/1, en México, y de 24/1, en Argentina, El Salvador y Costa Rica. En cambio, en los países desarrollados esta relación tiende a asumir valores inferiores. Así, en los Estados Unidos de Norteamérica es de 20/1; en el Reino Unido, de 15/1, y en Noruega, de 14/1.

Ahora bien, si la magnitud de este problema—según la reflejan los datos anteriores—es suficiente como para considerarlo de suma gravedad, la forma como parece haber evolucionado a través del tiempo permite afirmar que no sólo es grave, sino que tiende a aproximarse a una situación crítica.

Ciertamente, todavía hay menos información sobre el proceso de este problema que sobre su magnitud en determinada fecha. Sin embargo, se han realizado investigaciones suficientemente fiables en algunos países—como México y Brasil—que han sido calificados como «paradigmas» del desarrollo socioeconómico durante la postguerra. Tales estudios coinciden en señalar un empeoramiento en los respectivos índices de concentración del ingreso. En México, v. gr., el coeficiente de Gini pasó de 0,50 a 0,58 entre 1950 y 1970, y en Brasil aumentó de 0,53 a 0,63 entre 1960 y 1970 (5). Puede suponerse, por tanto, que algo parecido está ocurriendo (o sucederá en el futuro) en aquellas naciones que se hayan ajustado o decidan ajustarse a las estrategias de expansión económica seguidas por los países mencionados.

(4) Estas comparaciones se basan en Girling, Robert: «Dependency and Persistent Income Inequality», en Bonilla, Frank y R. Girling, eds., *Structures of Dependency* (Palo Alto: Stanford University, 1973, págs. 83-101).

(5) Girling, Robert, *op. cit.*, pág. 97.

### 1.3. Crecimiento de la población

Según lo ha hecho notar un informe del Centro de Desarrollo (**Development Center**) de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (**Organisation for Economic Cooperation and Development**) (6), las tasas de crecimiento demográfico de los países del Tercer Mundo (que fluctúan entre 2 y 3,5 por 100 anual) no tienen precedentes en la historia mundial. Así, se señala que la población total del planeta creció muy lentamente hasta mediados del siglo XVIII. Necesitó más de mil años para duplicarse, y empezó a aumentar a tasas moderadas desde el siglo XIX hasta la fecha.

No cabe duda, pues, de que los países del Tercer Mundo afrontan la tarea del desarrollo en condiciones demográficas sustancialmente distintas de las que prevalecieron en los países europeos durante el siglo pasado. La más alta tasa de crecimiento demográfico en algún país europeo fue de 1,4 por 100. De este modo, la población podía duplicarse en cincuenta años. En cambio, los países del Tercer Mundo, con tasas cercanas al 3 por 100 de crecimiento anual, pueden duplicar su población en veintitrés años y medio. Además, los países europeos alcanzaron sus tasas más altas de crecimiento después de 1880, es decir, cuando su desarrollo económico y social se encontraba ya bastante adelantado.

Como es sabido, las tasas de crecimiento de la población en los países del Tercer Mundo se deben a los descensos que se han logrado en las tasas de mortalidad, especialmente infantil—gracias a los avances en la Medicina y en la asistencia pública—, al mismo tiempo que las tasas de fecundidad han permanecido prácticamente constantes. En esto se basa la insistencia neo-malthusiana de los países desarrollados, en impulsar programas de planificación familiar—o de simple control de la fecundidad—en el Tercer Mundo.

Por otro lado, se han escuchado frecuentemente las voces de quienes insisten en «convidar nuevos comensales al banquete», teniendo en cuenta que esos nuevos invitados también aportarán nuevos brazos a las economías de los países pobres; es decir, que de ese modo se ampliarían simultáneamente los mercados de consumo y la capacidad productiva de esos países.

A nadie escapa que detrás de esta controversia hay dos hipótesis contradictorias. Para unos ya no es posible—y para otros, sí—ampliar la demanda de trabajo y la oferta de alimentos en los países subdesarrollados al ritmo que exigen sus tasas de expansión demográfica. En otras palabras, se interpretan de maneras distintas tanto la capacidad potencial del planeta para alimentar nue-

---

(6) Citado por Ruprecht, T. K., y C. Wahren: «Population Programmes and Social and Economic Development», en Ward, Barbara y otros, *op. cit.*, páginas 111-114.

vas bocas, como la de las estructuras económicas vigentes en los países subdesarrollados para absorber en condiciones de productividad a una fuerza de trabajo que se expande rápidamente.

En el siguiente apartado se examinarán las repercusiones que en las actuales condiciones está teniendo la explosión demográfica del Tercer Mundo en los niveles de utilización de sus recursos humanos. Se analizarán las estructuras económicas de esos países, para detectar los factores de que dependerían sus posibilidades de absorber en condiciones aceptables a una fuerza de trabajo en rápido crecimiento. Por ahora baste señalar que, en todo caso, podría ser conveniente reducir la tasa de crecimiento demográfico en los países del Tercer Mundo, simplemente para reducir a mediano plazo la dimensión de los problemas que serán mencionados en los apartados siguientes. Sin embargo, es necesario advertir que la estrategia que para lograr este objetivo aconsejan los países desarrollados (consistente en impulsar programas de planificación familiar) sólo implica atacar los síntomas de una enfermedad, pero no la enfermedad misma. A esto se debe que, como se hace notar en el propio informe de la O. E. C. D., que fue citado al principio de este apartado, tales programas sólo hayan resultado efectivos en aquellos países en que ya se habían advertido tendencias hacia la reducción de la fertilidad, es decir, en circunstancias especiales y poco comunes. Además, su muy relativa efectividad sólo se ha manifestado en las familias que ya han procreado una prole numerosa.

Si se desea reducir las tasas de fecundidad de los países subdesarrollados, es necesario combatir directamente los factores que las causan. Para no extender demasiado el tratamiento de este punto, sólo conviene señalar los siguientes, como posibles responsables del poco éxito logrado por los programas mencionados:

a) Las economías de los países del Tercer Mundo han sido incapaces de absorber proporciones importantes de la fuerza de trabajo femenino. Se ha demostrado que sólo cuando las tasas de absorción de la población femenina en las fuerza de trabajo son relativamente altas, la fecundidad tiende a disminuir.

b) La educación formal e informal en los países del Tercer Mundo se encuentra distribuida conforme a pautas marcadamente asimétricas, tanto en sus aspectos cuantitativos como cualitativos. También se ha comprobado que la educación alcanzada está correlacionada inversamente con las tasas de fecundidad.

c) Numerosos contingentes de la población urbana del Tercer Mundo viven en la llamada «cultura de la pobreza», la cual se caracteriza, entre otras cosas, por la inestabilidad del matrimonio, las uniones libres, el adulterio, la poligamia. Todo esto redundando en numerosas procreaciones, por las siguientes razones:

i) La inestabilidad del matrimonio libera al padre de la obligación de educar y mantener a sus hijos. (Además, por lo menos en algunas regiones, la cultura de la pobreza está asociada con una irrestricta sumisión de la mujer a la voluntad de su consorte.)

ii) Las familias que se han integrado al sistema de valores de las llamadas «clases medias» sienten la necesidad de transmitir a sus hijos un *status* social por lo menos similar al que ellas ya han alcanzado. Esto tiende a reflejarse en el número de hijos que están dispuestas a procrear. En cambio, las que viven en condiciones miserables carecen, obviamente, de este tipo de alicientes para la limitación de la fecundidad.

d) Finalmente, pero no de menor importancia, los países del Tercer Mundo han sido incapaces, por lo general, de extender los beneficios de sus sistemas de Seguridad Social a sus poblaciones rurales y urbanas no asalariadas. En tales condiciones, una prole numerosa puede constituir en la práctica una condición indispensable para garantizar el retiro y la subsistencia durante la vejez.

#### 2.4. Desempleo y subempleo (7)

Como consecuencia lógica de las diferencias apuntadas entre las tasas de crecimiento demográfico de los países desarrollados y subdesarrollados, la fuerza de trabajo de los segundos está creciendo al 200 por 100 del ritmo al que se expande la de los primeros. Más aún, entre 1950 y 1965 la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo de los países desarrollados disminuyó ligeramente de 1,1 por 100 a 1,0 por 100 anual, mientras la tasa de la fuerza de trabajo de los subdesarrollados aumentó de 1,7 por 100 a 2,2 por 100. Para la década de los 70 se han proyectado las siguientes tasas de crecimiento: 2,8 por 100 anual para los países del Sudeste Asiático; 2,6 anual para los países de África del Norte y más del 3 por 100 anual para los países de América Central y para los tropicales de América del Sur.

Como es sabido, el crecimiento de la fuerza de trabajo no está necesariamente relacionado con el volumen del empleo ni con el de la ocupación efectiva de los recursos humanos en el Tercer Mundo. Así, en África y el cercano oriente los censos de 1960 señalaron tasas de «desempleo abierto» (8) que fluctuaban entre el 9 y el 11 por 100 de la fuerza de trabajo de Argelia, Marruecos,

(7) Los datos de esta sección están tomados de Thorbecke, Erik: «Unemployment and Underemployment in the Developing World», en Ward, Barbara y otros, *op. cit.*, págs. 115-121.

(8) Estas tasas representan proporciones de la fuerza de trabajo que buscan un empleo correspondiente a los salarios prevalecientes en el mercado para cada nivel de cualificación.

Irán y regiones urbanas de Ghana. Algunos estudios realizados por encuestas descubrieron tasas de 4 por 100 en Tánger, 13 por 100 en las ciudades mayores de Nigeria y 20 por 100 en Abidján (Costa de Marfil). En América Latina los censos muestran tasas que oscilan entre 1,5 por 100 en Guatemala y un poco más del 10 por 100 en Panamá, Uruguay, Venezuela y Barbados. Sin embargo, algunas encuestas han revelado proporciones de desempleo sustancialmente mayores, entre el 10 y el 20 por 100 de la fuerza de trabajo de estos países. Finalmente, las tasas de desempleo derivadas de encuestas efectuadas en Asia oscilan entre el 3 por 100 en las áreas urbanas de Tailandia y el 10 por 100 en Singapur, Ceylán y la India.

Los datos disponibles permiten afirmar que este problema, en lugar de tender a disminuir, se está agravando—como los anteriormente citados—a través del tiempo. Puede hacerse referencia, por ejemplo, a una investigación de la Organización de Estados Americanos (Organisation of American States) que detectó, para el conjunto de países latinoamericanos, un aumento en el desempleo de 2,9 millones de personas en 1950 a 8,8 millones en 1965, mientras el coeficiente de desempleo prácticamente se duplicó, al pasar de 5,6 al 11,1 por 100 de la fuerza de trabajo de la región durante el mismo período.

Lo peor de todo es que las cifras relativas al «desempleo abierto» no revelan la verdadera magnitud del problema. Además de los trabajadores que buscan empleo, es necesario considerar a aquellos que sólo emplean productivamente una parte de su tiempo laborable, a los que simplemente no buscan trabajo por saber que no lo encontrarían, a quienes desempeñan labores de complejidad inferior a las que podrían desarrollar con el entrenamiento que han adquirido, etc. En otras palabras, además de los problemas de «desempleo abierto» existe el de subempleo o sub-utilización de los recursos humanos.

Si se toman en cuenta, por ejemplo, las proporciones de horas laborables no utilizadas, la magnitud del problema se amplifica considerablemente. Esto ha sido cuantificado, por lo menos en América Latina. Un estudio de la OEA detectó que la magnitud del subempleo—definido según el criterio mencionado—equivalía en 1960 a una tasa de desempleo total superior al 25 por 100 de la fuerza de trabajo, lo cual también equivaldría a unos 18 millones de trabajadores totalmente desempleados. Todo indica que tanto esta proporción como el número absoluto de trabajadores aumentaron todavía más hacia 1970. Asimismo, es muy probable, en opinión de T. Erik, que la situación de la mayoría de los países subdesarrollados sea semejante, o aun peor, que ésta. Téngase en cuenta, pues, que en tales condiciones es imposible lograr siquiera alguna mejoría en la distribución del ingreso en el interior de los países del Tercer Mundo, o aumentar satisfactoriamente su productividad para aproximarlos a la de los países desarrollados. Más aún, se

ha estimado que, de persistir las actuales tendencias de crecimiento demográfico, solamente algunos países de Sudamérica y África podrán absorber, mediante una tasa de crecimiento económico de 6 por 100 anual, a la fuerza de trabajo que habrán generado hacia 1980, sin pretender disminuir sus actuales proporciones de desempleo y subempleo. En otros casos, las tasas requeridas serían mayores: 8,4 por 100 en el sudeste asiático y 6,6 por 100 en Asia Central y en Centroamérica.

### 1.5. Agricultura y alimentación.

Como se sabe, la mayor parte de la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados se encuentra en el sector agropecuario. Las proporciones de la fuerza de trabajo agrícola en los distintos países oscilan, generalmente, entre el 45 y 80 por 100. Asimismo, las mayores proporciones de los recursos humanos sub-utilizados están en dicho sector. El estudio realizado por la Organización de Estados Americanos para América Latina, a que se hace referencia en el apartado anterior, reveló que casi la tercera parte de la fuerza de trabajo agrícola estaba desempleada, lo que representaba alrededor del 60 por 100 del desempleo total de la región.

Según lo señala G. Myrdal (9), la agricultura de la mayor parte de los países subdesarrollados no se ajusta al modelo de explotación extensiva de la tierra (que se practica en áreas poco pobladas de Norteamérica, Australia y Rusia, en donde a veces se obtienen bajos rendimientos por unidad de tierra), ni al de utilización intensiva de la superficie (con altos rendimientos por unidad de tierra), que se practica en regiones más densamente pobladas (v. gr., Europa y Japón). Desafortunadamente, la agricultura del Tercer Mundo forma un tercer grupo que se caracteriza por el **uso extensivo de la tierra** combinado con **altas relaciones entre trabajadores y superficie cultivada**. Tal combinación produce, por supuesto, ingresos reales sumamente bajos, ya que no sólo es bajo el rendimiento por hectárea, sino que ese bajo rendimiento es generado por altas proporciones de la fuerza de trabajo. De esto se desprenden las diferencias tan visibles entre las proporciones de la fuerza de trabajo dedicada a la agricultura en los países del Tercer Mundo y en los avanzados. Así, por ejemplo, el 75 por 100 de la población del sur de Asia trabaja en el campo; mientras que menos del 10 por 100 de la de los Estados Unidos está ocupada en ese sector.

Pero no sólo los rendimientos por hectárea son extremadamente bajos en el Tercer Mundo, sino que en la mayor parte de estos países los rendimientos han permanecido así desde épocas inme-

---

(9) Myrdal, Gunnar: *The Challenge of World Poverty* (New York: Vintage Books, 1970, págs. 78-138).

moriales. Por otra parte, en todas las regiones desarrolladas la productividad ha mejorado. De este modo, resulta obvio que los rendimientos por hectárea representen una de las diferencias más importantes entre los países subdesarrollados, y aquellas naciones desarrolladas que no aplican técnicas de agricultura extensiva en áreas poco pobladas. En estas últimas, los rendimientos no sólo son más altos, sino que han aumentado con rapidez, principalmente desde el final de la segunda guerra mundial. Esta creciente distancia entre la agricultura de ambos grupos de países representa, por supuesto, una proporción importante de la que hay entre sus respectivos productos per cápita.

Como es evidente, a esta brecha agrícola corresponden serias diferencias entre los niveles nutricionales de los países desarrollados. Así lo demostró palpablemente Josué de Castro al publicar, en 1952, su *Geopolitique de la Faim* (10). Mientras una proporción considerable de la población mundial consume en promedio menos de 2.200 calorías diarias, una proporción reducida de dicha población absorbe más de 2.700 calorías por día. Lo peor de todo es que, como lo hace notar el profesor George Borgström:

**«A number of underdeveloped countries are continually exporting large quantities of high-quality, protein-rich food products to preserve and increase overeating in the affluent, developed countries: for instance, fish meal from African and Latin American areas, more critically short of protein than even South Asia, to feed the broilers and livestock of the United States and Europe; soya beans, oilseed cakes, tuna fish and other food fish, and even meat from various countries in the underdeveloped world are going the same way.» (11).**

### 1.6. Urbanización e Industrialización (12).

Como se acaba de indicar, la agricultura de los países subdesarrollados se caracteriza por una constante presión de la fuerza de trabajo sobre la superficie cultivable. Este fenómeno se agrava, por supuesto, dado el simple crecimiento natural de la población rural. Se calcula que entre 1920 y 1960, la población rural del mundo creció en más de 500 millones de personas (**over half a billion**), de las cuales solamente 56 millones correspondieron a los países desarrollados. Por su parte, la población urbana pasó de 60 a 320 millones de habitantes, la mitad de los cuales fueron absorbidos por las ciudades más importantes del mundo.

(10) Castro, Josué de: *Geopolitique de la Faim* (Paris: Editions Economie et Humanisme, 1952).

(11) Citado por Myrdal, Gunnar, *op. cit.*, pág. 85.

(12) Los datos de esta sección—salvo indicación en contrario—se basan en Nelson, Joan: «Urban Growth and Politics in Developing Nations», en Ward, Barbara y otros, *op. cit.*, 138-146.

Así pues, se está generando continuamente, en los países subdesarrollados, una fuerte corriente migratoria de las zonas rurales a las urbanas.

Ahora bien, si se examinan las etapas por las que han atravesado algunos de los países actualmente industrializados, se observa que en todos los casos los porcentajes de población urbana fueron mucho menores que los de su fuerza de trabajo ocupada en la industria (13). En otras palabras, un marcado desarrollo de las actividades secundarias—con constantes aumentos en la productividad por trabajador—precedió al crecimiento de la población urbana en esos países.

La situación de las naciones del Tercer Mundo es exactamente la inversa (14). Por lo mismo, la población urbana de esos países tiene que dedicarse en su mayor parte a las actividades terciarias, las cuales contienen frecuentemente importantes niveles de población subempleada. Así pues, la situación no podría ser más dramática: por una parte, hay importantes contingentes de mano de obra excedente en el campo; por la otra, las ciudades están imposibilitadas para absorberlos productivamente. En otras palabras, la miseria del campo se transfiere continuamente a las ciudades.

Lo peor de todo es que este problema también tiende a agravarse a través del tiempo. Se dispone, por ejemplo, de un estudio

(13) Los datos son los siguientes:

Países	Años	% de PA en la industria	% de población urbana
Francia ... ..	1856	29	10,7
Noruega ... ..	1890	22	13,8
Suecia ... ..	1890	22	10,8
Suiza ... ..	1888	45	13,2

(14) Algunos casos indicativos son los siguientes:

Países	Años	% de PA en la industria	% de población urbana
Rep. Arabe Unida ... ..	1960	— de 10	16
Túnez ... ..	1956	6,8	17
Pakistán ... ..	1691	6,2	11,9
Corea del Sur ... ..	1957	6,9	29
Brasil ... ..	1960	— de 10	28
Chile ... ..	1950	16,9	42,5
Colombia ... ..	1950	9,9	45,8
Venezuela ... ..	1960	8,8	47,2

realizado para el conjunto de países latinoamericanos más industrializados, que demuestra que en tanto la participación del producto industrial en el producto total de cada país creció muy lentamente entre 1960 y 1970 (como en Perú, Venezuela, México y Brasil), o aún declinó (como en Argentina, Chile, Uruguay y Colombia), las poblaciones urbanas de esos mismos países aumentaron entre 15 y 72 por 100 en el mismo período. (Hay que advertir que en este caso se considera también como producto industrial el que procede de los servicios básicos, como electricidad, gas, agua, servicios sanitarios, transportes y comunicaciones.) (15).

Se estima que para 1980, 18 ciudades latinoamericanas serán mayores de un millón de habitantes: Lima pasará de tres millones, Caracas de cuatro, Bogotá de cinco, Sao Paulo de siete, Buenos Aires de nueve y México de diez. Bombay y Calcuta podrían llegar a 20 ó 30 millones hacia el año 2000. Es innecesario subrayar que este crecimiento urbano, que no está siendo acompañado de una adecuada expansión de las actividades productivas, se refleja en un continuo aumento de la llamada población «marginal», que es la que sufre principalmente las consecuencias de la escasez de viviendas, servicios sanitarios, educación, etc. Más aún: la escasez de viviendas ya ha alcanzado niveles verdaderamente críticos en el Tercer Mundo. Esto se puede comprobar al comparar los promedios de habitantes por vivienda, con los promedios de cuartos disponibles en cada una. En los países pobres, el promedio de habitantes por vivienda (entre cuatro y seis) representa el doble del promedio de cuartos disponibles en cada una (entre 2 y tres). En cambio, en los países más ricos ocurre lo contrario: los promedios de habitantes por vivienda oscila entre tres y cuatro; en tanto que los promedios de cuartos se aproximan a—o exceden de—cinco (16). Otros datos más impresionantes indican que, en Calcuta, el 70 por 100 de las familias vive en un solo cuarto y 600.000 personas duermen en la calle. En Bombay, una persona de cada 66 carecía de habitación en 1963 y 77.000 más vivían en escaleras, pasillos, etc. (17).

### 1.7. Educación.

Como es sabido, el nivel de escolaridad de la población de un país está correlacionado con su nivel de bienestar económico. Basta echar una mirada a las estadísticas publicadas periódicamente por la UNESCO para comprobar—a pesar de los múltiples

América Latina», en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, junio-diciembre de 1971.

(15) Solari, Aldo: «Algunas paradojas del desarrollo de la Educación en

(16) United Nations, *Statistical Yearbook*, 1970.

(17) Abrams, Charles: «Land and Housing», en Blaustein Arthur and Roger R. Wook, eds., *Man Against Proverty: «World War III»* (New York: Vintage Books, 1968, pág. 287).

defectos de tales estadísticas—que, en los países más pobres, las proporciones de la población de cinco a diecinueve años de edad que están inscritas en el sistema escolar descienden a menos del 10 por 100; en los países de mediano desarrollo esas proporciones se aproximan al 50 por 100; y los países más ricos alcanzan a matricular hasta el 80 por 100 de esa cohorte demográfica.

Ahora bien, desde la década de los cincuenta, al difundirse entre los países del Tercer Mundo la filosofía desarrollista, inspirada por varios economistas de la pasada generación, la escolaridad empezó a ser considerada como instrumento fundamental del desarrollo económico y de la movilidad social. Por tanto, en sendas reuniones de Ministros de Educación—auspiciadas por la UNESCO—se recomendaron ambiciosas metas de expansión escolar para los países latinoamericanos, asiáticos y africanos. Así, se esperaba que para 1970 los coeficientes de escolarización de la población en edad de recibir educación primaria llegaran al 71 por 100 en el continente africano, al 74 por 100 en Asia y al 100 por 100 en la región latinoamericana (18).

Para alcanzar estas metas—y poder también sufragar la expansión concomitante de las enseñanzas media y superior—los países africanos debían dedicar a la educación casi el 7 por 100 de sus respectivos productos nacionales brutos; los latinoamericanos el 5,43 por 100 y los asiáticos el 4,26 por 100. (Estos porcentajes, a pesar de su magnitud, en realidad subestimaban las proporciones de los respectivos productos nacionales que debían dedicarse a la educación para alcanzar las metas señaladas, pues se basaban en varios supuestos demasiado optimistas sobre el crecimiento que experimentarían las economías de dichos países y sobre la forma en que se comportarían los costos de su educación.)

Aunque todavía no se dispone de toda la información estadística correspondiente a 1970 que es necesaria, toda la existente indica que ninguno de los países mencionados logró las metas fijadas en relación con el desarrollo de su enseñanza primaria ni con el monto global de inversiones en educación. Sin embargo, las recomendaciones de las reuniones aludidas surtieron importantes efectos en la expansión escolar de los países del Tercer Mundo. Muchos de ellos duplicaron—y en algunos casos triplicaron—sus gastos educativos durante la primera mitad de la década pasada. Por tanto, las proporciones de sus productos nacionales destinados al financiamiento de la educación también se elevaron considerablemente. Así, por ejemplo, en algunos países latinoamericanos estas proporciones pasaron del 1 ó 2 por 100 al 3 ó 4 por 100, y en algunos africanos subieron del 4 al 6 por 100.

---

[18] Estas cifras son proporcionadas por Coombs, Philip H.: *The World Educational Crisis* (London: Oxford University Press, 1968, pág. 61).

Mediante tales incrementos en las erogaciones educativas fue posible, por supuesto, aumentar considerablemente las inscripciones en todos los niveles educativos. Este incremento fue de tal magnitud que superó—en términos relativos—al correspondiente a las matrículas de los países desarrollados.

Estos últimos, por su parte, también elevaron considerablemente sus gastos en educación. En términos corrientes, por lo menos los duplicaron (y algunos los triplicaron o cuadruplicaron) entre 1955 y 1965. Expresados como proporciones de sus respectivos productos nacionales brutos, los gastos educativos de algunos de estos países pasaron del 3 al 4,5 por 100 ó 5 por 100; del 3,5 al 5,5 por 100 y del 4,2 al 6,5 por 100.

Nótese que estas proporciones exceden, en términos generales, a las que alcanzaron los países desarrollados. Además, como es obvio, los productos nacionales de los países subdesarrollados son muy inferiores a los de las naciones industrializadas. Por esta razón, las naciones desarrolladas incrementaron—en términos absolutos—sus inscripciones en las enseñanzas media y superior con mayor intensidad que las del Tercer Mundo. Así, pues, puede aventurarse la hipótesis de que, de seguir así las cosas, cuando los países más pobres logren satisfacer su demanda de educación elemental, los desarrollados habrán extendido considerablemente sus estudios de postgrado. En consecuencia, habrán avanzado todavía más en su desarrollo tecnológico.

Por otra parte, la educación de los países subdesarrollados es más elitista que en los desarrollados; está orientada preferentemente hacia las necesidades de las zonas urbanas y, como consecuencia de los problemas mencionados más arriba—a propósito del desempleo y de la terciarización de la mano de obra—, la escolaridad está tendiendo a valer cada vez menos en el mercado de trabajo. Con estos elementos se podría desaprobatar la validez de las hipótesis que hace unos quince o veinte años se hacían en relación con la capacidad que tendría la educación para impulsar el desarrollo económico y la movilidad social en los países del Tercer Mundo. O, por lo menos, ellos permiten afirmar que no se están satisfaciendo en estos países las condiciones que eran necesarias para que tales hipótesis resultaran correctas.

## 2. EXPLICACION DEL PROBLEMA

### 2.1. A nivel de la economía.

De lo expuesto en el apartado anterior se desprende claramente que las políticas seguidas por los países neo-capitalistas del Tercer

Mundo para impulsar su desarrollo económico han sido incapaces de promover un crecimiento armónico, autosostenido, independiente y cuyos beneficios se distribuyan equitativamente entre los distintos grupos sociales que integran los países mencionados y tiendan a disminuir las diferencias entre los niveles de vida de los países desarrollados y subdesarrollados. Asimismo se hizo notar que en dichas políticas han desempeñado un papel importante los países industrializados, principalmente como compradores de las materias primas producidas por los desarrollados y abastecedores de los bienes de capital—así como de los recursos financieros—en que se ha apoyado el crecimiento económico del Tercer Mundo.

En la literatura económica convencional se han justificado estas políticas mediante una serie de principios derivados de la escuela neo-clásica, que casi nunca fueron puestos en tela de juicio por los economistas de la generación anterior.

En efecto, la escuela neo-clásica considera el crecimiento económico como la resultante de una serie de inter-relaciones entre el ahorro y la productividad del capital, por una parte, y el crecimiento del empleo, por la otra. Aplicada a los países subdesarrollados, esta teoría implica transferir mano de obra de los sectores «tradicionales» (caracterizados por su baja productividad) a los sectores «modernos» (en donde la mano de obra es más productiva), creando las condiciones para una mejor utilización de los recursos humanos por medio de un proceso de desarrollo auto-generado. Concretamente, el sector moderno se ocuparía de producir bienes exportables o de sustituir mediante producción local los bienes que se habían venido importando. Para lograr este objetivo, los países subdesarrollados han tenido que hacer lo siguiente:

a) Importar los equipos de capital producidos por los países industrializados, a través de las empresas transnacionales, únicas fuentes de la tecnología necesaria para «modernizar» las economías del Tercer Mundo.

b) Adaptar los sistemas de educación formal a los requerimientos de recursos humanos derivados de este modelo de crecimiento.

c) Desarrollar actividades de educación informal para «modernizar» las culturas de los países subdesarrollados para ponerlas a tono con los requerimientos de esta estrategia.

d) Aceptar los conceptos de «modernidad», «progreso», «desarrollo», etc., implícitos en los esquemas de sociedad importados, y los valores subyacentes.

Recientemente, sin embargo, han renacido los enfoques políticos de la ciencia económica que se caracterizan por analizar no

solamente los procesos que explican la gestación de un fenómeno determinado, sino, además, las interacciones y motivaciones de los actores intervinientes. Estos enfoques, por ejemplo, no se limitan a analizar las «leyes del mercado» que pueden estar determinando un problema específico, sino también las razones por las cuales los actores no se preocupan por contrarrestar el efecto de tales «leyes». Particular importancia tiene en este contexto el análisis de las interacciones de poder asociadas con las distintas posiciones de los actores que intervienen en los procesos aludidos. Es así como se han desarrollado nuevas teorías que tienden a explicar las diferencias en los procesos de industrialización que han sido introducidos en los países del Tercer Mundo. Estas teorías enfatizan las indicaciones que tiene un proceso de industrialización dependiente introducido en un sistema productivo caracterizado por la predominancia de las actividades agro-extractivas subdesarrolladas.

En aquellos países en donde la revolución industrial ocurrió originalmente, el desarrollo de la producción se basó en una sustitución gradual de nuevas formas productivas de acuerdo con el desarrollo organizativo y tecnológico de las empresas. En cambio, en los países del Tercer Mundo la industrialización está tomando lugar dentro del marco de referencia de una organización empresarial moderna y altamente desarrollada, utilizando tecnología importada.

En esta situación, solamente algunos sectores de la economía se desarrollan, y son aquellos que se encuentran vinculados al mercado internacional, que, a su vez, está controlado por los países hegemónicos. Así, en los países del Tercer Mundo, los sectores económicos vinculados al mercado internacional tienden a constituir el eje alrededor del cual la economía de estos países se vincula a las economías de los países hegemónicos. En donde esto pasa, las actividades económicas no vinculadas a las necesidades de los países más desarrollados tienden a recibir poca o nula asistencia de parte de las políticas económicas gubernamentales, es decir, tienden a permanecer marginadas.

Es importante hacer notar que en esta teoría no es el proceso de industrialización lo que crea los problemas de mala distribución del ingreso y de marginalización. Lo que se discute es el tipo específico de industrialización que se está siguiendo, en donde el centro de las actividades industriales y del crecimiento económico está controlado directa o indirectamente por los monopolios internacionales. Si se toma en cuenta, además, que la tecnología avanzada es introducida sin que ocurran previamente cambios en la estructura de los países subdesarrollados, el problema de la ocupación de la mano de obra adquiere un nuevo carácter.

A partir de lo anterior, es posible señalar los datos que ilustran las características y los efectos nocivos de una industrialización

dependiente: la distribución del ingreso por el hecho de determinar la estructura de la demanda, determina las relaciones de capital-producto con que funciona la economía y, por tanto, para un nivel dado de producción y para una determinada dosis de tecnologías determina el nivel de empleo.

## **2.2. A nivel de la filosofía social.**

El modelo económico que se propuso a la mayoría de las naciones subdesarrolladas para su progreso en la década de los 50 y principios de los 60 no era neutro para la filosofía social. Implícitamente se basaba en concepciones y tesis liberales o neo-liberales, como en ellas también se basaba y se basa la organización social y económica de muchos de los países hegemónicos.

El análisis meramente económico del funcionamiento de las relaciones entre países ricos y países pobres no sólo aduce evidencias importantes sobre la inoperancia de ese modelo económico, sino que simultáneamente sugiere la necesidad de revisar las tesis filosófico-sociales en que se apoyaba.

No haremos esa revisión aquí ni tampoco elaboraremos una explicación filosófica completa. Para el objeto de este escrito baste indicar que sería más congruente explicar la injusticia internacional con ayuda de una filosofía social que diese un lugar importante a las estructuras de poder y propiedad en la evolución social.

Las concepciones «liberal-democráticas» sobre la igualdad de posibilidad de todos los pueblos en una libre concurrencia hacia el progreso o sobre la neutralidad del Estado respecto a las diversas clases sociales y grupos de interés o sobre la necesidad y justicia de las leyes del mercado son difícilmente sostenibles ante la serie de fenómenos que se han expuesto.

Por otra parte, tampoco puede ser satisfactorio atribuir a las estructuras económicas y políticas una influencia absoluta y determinística en la transformación de la sociedad. Más bien creemos que deben conciliarse en la explicación de estos fenómenos la fuerza condicionante de las estructuras sociales y políticas con la posibilidad, relativa pero real, de la libertad humana para actuar sobre la sociedad.

La reflexión filosófica sobre estas cuestiones es importante no sólo para explicar e interpretar los hechos sociales y económicos que están sucediendo, sino también para elaborar una teoría prospectiva del cambio social. Al intentar prever cómo puede alterarse el curso de la sociedad, creemos que es indispensable salvaguardar el principio tradicional cristiano de que cada hombre es responsable por la moralidad o inmoralidad de su conducta, pero, al

mismo tiempo, tomar en cuenta que la conciencia moral individual está de diversas maneras condicionada por las estructuras sociales, así como por otros factores.

El individuo puede actuar en una dirección distinta de la que señalan las estructuras sociales, y si muchos lo hiciesen, se provocaría un cambio social. Pero dada la profundidad con que todo individuo está marcado por su rol social específico y el peso que tienen en sus decisiones los valores correspondientes a ese rol, resulta poco probable que el cambio social se produzca exclusivamente por esta vía. Es, por tanto, necesario modificar simultáneamente la conducta individual y las estructuras sociales. Ni la acción sobre la conciencia individual exclusivamente ni la simple transformación material de las estructuras pueden provocar un cambio social verdaderamente humano y durable.